

LOS DONES DEL ESPÍRITU SANTO

por el padre Prosper Gueranger 1870

Es nuestra intención de explicar, durante esta semana, el funcionamiento del Espíritu Santo, tanto en la Iglesia y en el alma fiel. Estos siete días nos son dados, para que podamos conocer y apreciar el gran regalo que nos ha enviado el Padre y el Hijo. Además, el Espíritu que procede del Padre y del Hijo, tiene siete formas diferentes mediante las cuales Él manifiesta Su presencia en nuestras almas. Nos corresponde, por lo tanto, dedicar esta feliz Semana al estudio y al amor del Séptimo Regalo, por el cual debemos forjar nuestra salvación y santificación.

Los Siete Dones del Espíritu Santo son siete energías, que Él pone gentilmente en el alma, cuando entra allí por la gracia santificadora. Las gracias reales ponen en movimiento estos poderes infundidos divinamente, ya sea todos al mismo tiempo o por separado; y por la presente, los actos sobrenaturales y meritorios de la vida eterna, son producidos por el libre consentimiento de nuestra voluntad.

El profeta Isaías, guiado por la inspiración divina, nos ha hablado de estos siete regalos. Él está prediciendo las obras del Espíritu Santo sobre el Alma del Hijo de Dios hecho Hombre, a quien llama la Flor de una raíz virginal de Isaí. Él dice: Y el Espíritu del Señor descansará sobre él: el Espíritu de Sabiduría y de Entendimiento, el Espíritu de Consejo y de Fortaleza, el Espíritu de Conocimiento y de la Divinidad, y él será llenado con el Espíritu de la El temor del Señor (Is. Xi. 2, 3). Estas palabras misteriosas no solo expresan las cualidades del Espíritu Santo; también describen los efectos que Él produce en el alma del hombre; y es en este sentido que han sido interpretados por los Santos Padres y los teólogos.

La Humanidad sagrada del Hijo de Dios encarnado es nuestro tipo sobrenatural. y lo que el Espíritu Santo operó en el primero, para su santificación, el mismo, en proporción, lo quiere hacer en el segundo. Infundió en el Hijo de María las siete energías mencionadas por el Profeta; Los mismos siete dones están preparados para el hombre regenerado. Pero notemos el orden en que vienen. Isaías comienza con el Espíritu de sabiduría, y termina con el Espíritu del temor del Señor. La sabiduría, como veremos más adelante, es la prerrogativa más noble de la que el hombre es capaz; mientras que el temor del Señor no es más que el comienzo de la Sabiduría, como nos asegura el Real Salmista (Sal. cx. 10). El Alma de Jesús fue creada para una unión personal con la Palabra divina y, por lo tanto, fue tratada con un honor excepcional; el primer y más importante Don infundido en él fue el de la Sabiduría, y el Don del Temor del Señor siguió, necesariamente, (porque una criatura no es perfecta a menos que tenga esta cualidad), pero todavía como una continuación y finalización. Con nosotros, por el contrario, por frágiles e inconstantes que somos, el temor de Dios es el fundamento de todo nuestro edificio espiritual y, por ello, nos elevamos gradualmente a esa Sabiduría que nos une con Dios. Es por medio de los Dones del Espíritu Santo que el hombre alcanza la perfección; pero son otorgados a él en el orden inverso al que Isaías los llama, cuando hablan del Hijo de Dios. Los recibimos en el momento de nuestro bautismo; y, cuando tenemos la desgracia de perderlos, (como lo hacemos cuando perdemos la gracia santificadora, es decir, cuando cometemos un pecado mortal,

y nosotros respetuosamente consideramos cómo toda la obra de nuestra salvación y santificación está marcada con el número misterioso de Siete. Hay siete virtudes principales que nos hacen querer a nuestro Creador; es por siete Dones, que el Espíritu Santo nos lleva a nuestro último fin; los siete sacramentos nos aplican los méritos de la Encarnación y la

Redención; Es después de siete semanas desde la Pascua, que el Espíritu Santo es enviado a la tierra, allí para establecer y mantener el reino de Dios. ¿Podemos preguntarnos después de esto, que Satanás debería haber imitado sacrilegiosamente la obra de Dios, esforzándose por destruir, por los siete pecados mortales, las criaturas que Dios salvaría?

El regalo del temor

paseo es el obstáculo para la virtud y el bienestar del hombre. Es el orgullo el que nos lleva a resistir a Dios, a convertirnos en nuestro último fin, en una palabra, a trabajar nuestra propia ruina. Solo la humildad puede salvarnos de este terrible peligro. ¿Quién nos dará humildad? El espíritu santo y esto, al infundir en nosotros el don del temor de Dios.

su santo sentimiento se basa en las siguientes verdades, que nos son enseñadas por la fe: la majestad soberana de Dios, en comparación con los que estamos mera nada; la santidad infinita de ese Dios, en cuya presencia no somos más que indignidad y pecado; el juicio severo y justo por el que debemos pasar después de la muerte; el peligro de caer en el pecado, que puede ser nuestra desgracia en cualquier momento, si no correspondemos a la gracia, porque aunque la gracia nunca falte, tenemos el poder de resistirla.

Como el apóstol nos dice, debe obrar su salvación con temor y temblor (II. Filipenses ii. 12); pero este Miedo, que es un don del Espíritu Santo, no es el sentimiento base que no va más allá del temor a los castigos eternos. Mantiene vivo dentro de nosotros un compendio perdurable de corazón, aunque esperamos que nuestros pecados hayan sido perdonados hace mucho tiempo. Evita que olvidemos que somos pecadores, que dependemos totalmente de la misericordia de Dios y que todavía no estamos seguros, excepto en la esperanza (Rom. Viii. 24).

su temor de Dios, por lo tanto, no es un miedo servil; por el contrario, es la fuente de los sentimientos más nobles. En la medida en que es un temor filial de ofender a Dios por el pecado, puede ir de la mano del amor. Como surge de una reverencia por la infinita majestad y santidad de Dios, pone a la criatura en su lugar correcto y, como dice San Pablo, contribuye al perfeccionamiento de la santificación (II. Cor. Vii. 1). Por lo tanto, este gran apóstol, que había sido arrastrado hasta el tercer cielo, nos asegura que fue severo en su trato de sí mismo, no sea que se convierta en un desecho (I. Cor. 1: 27).

El espíritu de independencia y de libertad falsa que hoy día abunda entre nosotros, es un gran enemigo del temor de Dios; y una de las miserias de nuestra era es que hay poco temor de Dios. La familiaridad con Dios, pero con demasiada frecuencia usurpa el lugar de esa base esencial de la vida cristiana. El resultado es que no hay progreso en la virtud, estas personas son presa de la ilusión, y los Sacramentos, que antes funcionaban tan poderosamente en sus almas, ahora son casi improductivos. La razón es que el Don del miedo ha sido superado por una autocomplacencia engreída. La humildad no tiene más influencia; Un orgullo secreto y habitual ha paralizado el alma. y al ver que estas personas exploran la idea misma de su temblor ante el gran Dios del cielo, bien podemos preguntarles, si saben quién es Dios.

¡Por eso te rogamos, oh Espíritu Santo! mantén dentro de nosotros el temor de Dios, que infundiste en nuestros corazones en nuestro Bautismo. Este miedo salvador asegurará nuestra perseverancia en virtud, porque se opondrá al crecimiento del orgullo. Deje que penetre nuestra alma por completo, y permanezca siempre con nosotros como nuestra salvaguarda. Dejemos que disminuya nuestra arrogancia y nos levante de la tepidez, recordándonos sin cesar

la grandeza y santidad de Aquel que es nuestro Creador y nuestro Juez.

su santo temor no reprime el sentimiento del amor; por el contrario, elimina lo que sería un obstáculo para su crecimiento. Los Poderes celestiales ven y aman ardientemente a su Dios, a su infinito y eterno bien; y, sin embargo, tiemblan ante su temido Majestad: Tremunt Potestates. Y si nos cubrimos como estamos con las heridas de nuestros pecados, desfigurados por innumerables imperfecciones, expuestos por todos lados a las trampas, obligados a luchar con tantos enemigos, ¿deberíamos adularnos de que podemos hacer frente a este Miedo fuerte y filial? ¿Y que no necesitamos nada para estimularnos cuando estamos en esas pruebas frecuentes, una falta de fervor en nuestra voluntad o de luz en nuestra mente? ¡Oh Espíritu Santo! Cuida de nosotros! ¡Conserva dentro de nosotros tu precioso regalo! Enséñanos cómo combinar la paz y la alegría del corazón con el temor de nuestro Señor y Dios, de acuerdo con esas palabras del salmista:

El don de la piedad

El don del temor de Dios es una cura para nuestro orgullo; El don de la Divinidad es infundido en nuestras almas por el Espíritu Santo, para que podamos resistir el amor propio, que es una de las pasiones de nuestra naturaleza caída, y el segundo obstáculo para nuestra unión con Dios. El corazón de un cristiano no está hecho para ser frío o indiferente; debe ser cariñoso y devoto; de lo contrario, nunca podrá alcanzar la perfección para la cual Dios, quien es el amor, la ha creado amablemente.

El Espíritu Santo, por lo tanto, pone el don de la piedad en el alma, inspirándolo con un afecto filial por su Creador. Has recibido, dice el apóstol, el Espíritu de adopción de los Hijos, por el cual clamamos a nuestro Dios, Abba! Padre (rom. Viii. 15)! Esta disposición une el alma viva a todo lo que se refiere al honor de Dios. Le permite al hombre alimentar dentro de él un dolor por sus pecados, en consideración a la misericordia divina que lo ha soportado y lo ha perdonado, y de los sufrimientos y muerte de su Redentor. Le da sed de que la gloria de Dios se extienda siempre; él podría, si pudiera, traer a todas sus criaturas para adorar a este Dios; él siente cada agudo cada insulto que se ofrece a un Rey tan querido. Su mayor alegría es ver a otros crecer en su amor y devoción al servicio del bien soberano.

es fe es incesante y ferviente. Cariñosamente dócil a la Iglesia, siempre está dispuesto a abandonar sus ideas más apreciadas en el momento en que las descubre, de alguna manera, fuera de armonía con su enseñanza o práctica, ya que tiene un instintivo horror a las novedades y insubordinación.

su devoción a Dios, que resulta del don de la piedad, y une el alma a su Creador por amor filial, le hace el amor a todas las criaturas de Dios, en tanto que son la obra de sus manos y le pertenecen.

El beato en el cielo ocupa el primer lugar en el afecto fraterno de semejante cristiano. Él tiene un amor muy tierno por la santa Madre de Dios, y es celoso por su honor; Él venera a los santos; es un cálido admirador del valor de los mártires y de las acciones heroicas de los siervos de Dios; se deleita en la lectura de sus milagros y tiene una devoción por sus sagradas reliquias.

segundo Pero su amor no se limita a los ciudadanos del cielo; también se extiende a sus semejantes aquí en la tierra, porque el don de la Divinidad le hace encontrar a Jesús en ellos. Él es amable con todos, sin excepción. Perdona las lesiones, soporta las imperfecciones de los demás y, donde una excusa es posible para su vecino, la logra. Él tiene compasión por los pobres, y está atento a los enfermos. Toda su conducta es el índice de un corazón cálido, que llora con los que lloran, y se regocija con los que se regocijan.

¡Todo esto se encuentra en aquellos que usan tu don de la piedad, oh Espíritu Santo! Al infundirlo en nuestras almas, Tú nos permitiste resistir el funcionamiento de nuestro amor propio, que corrompería el corazón; Nos preservas de esa odiosa indiferencia hacia todos los que nos rodean, lo que agota todo sentimiento; tú apartas de nosotros los sentimientos de celos y odio. Sí, la piedad nos inspiró con un amor filial por nuestro Creador, que suavizó el corazón; y toda criatura de Dios se hizo querida por nosotros. ¡Oh beato Paráclito! ¡Concédenos que este Regalo produzca sus ricos frutos en nosotros! Nunca nos permitas sofocarlo por el amor a ti mismo. Nuestro Jesús nos ha dicho que su Padre celestial hace que su sol salga sobre lo bueno y lo malo (San Mat. V. 45): Él quiere que tomemos esta divina generosidad como nuestro modelo: por lo tanto, fomenta dentro de nosotros ese germen de devoción,

El don del conocimiento

apartado del mal por el temor del Señor, y ennoblecido con el amor santo por el don de la Divinidad, el alma siente la necesidad de saber cómo debe evitar lo que debe temer y cómo encontrar lo que debe amar. El Espíritu Santo viene en su ayuda y le brinda lo que necesita, al infundir en ella el Don del Conocimiento. Por medio de este precioso don, la verdad se le hace evidente; ella sabe lo que Dios le pide y lo que él condena, ella sabe qué buscar y qué evitar. Sin este conocimiento sagrado, corremos el peligro de desviarnos, debido a la frecuente oscuridad que, más o menos, nubla nuestra comprensión. Esta oscuridad surge, en primer lugar, de nuestra propia naturaleza, que lleva sobre sí las pruebas, pero también visibles, de la Caída. Se suma a las falsas máximas y juicios del mundo, que tan a menudo deforma incluso a aquellos cuyas mentes rectas parecían hacerlos seguros. Y por último, la acción de Satanás, que es el Príncipe de las tinieblas, tiene esto para uno de sus principales objetivos, oscurecer nuestra mente o engañarla con luces falsas.

La Luz de nuestra alma es la Fe, que se infundió en nosotros en nuestro Bautismo. Por el don del conocimiento, el Espíritu Santo faculta a nuestra fe para obtener rayos de luz, lo suficientemente fuertes como para disipar toda la oscuridad. Las dudas se aclaran, el error se expone y se pone en fuga, la verdad nos envuelve en toda su belleza. Todo se ve en su verdadera luz, la luz de la fe. Vemos cuán falsos son los principios que influyen en el mundo, que arruinan tantas almas, y de los cuales nosotros mismos fuimos víctimas, quizás.

El don del Conocimiento nos revela el fin que Dios tuvo en la creación, y del cual las criaturas nunca pueden encontrar la felicidad ni el descanso. Nos enseña el uso que hacemos de las criaturas, ya que no nos fueron dados como un obstáculo, sino como una ayuda para alcanzar a nuestro Dios. El secreto de la vida así poseído, seguimos caminando con seguridad, no nos detenemos, y estamos resueltos a evitar cualquier camino que no nos lleve a nuestro fin.

El apóstol tenía este Don a la vista, cuando hablaba con los conversos de Éfeso, dijo: Hasta ahora eras oscuridad, pero ahora luz en el Señor: camina entonces como Hijos de la Luz (Ef. v. 8). De ahí viene esa falta de vacilación, esa confianza, de la vida cristiana. Puede haber una falta de experiencia de vez en cuando; tanto, de hecho, que el pequeño mundo que nos rodea habla con sentimiento sobre las indiscreciones y los escándalos que casi seguramente surgirán; pero se olvidan de que existe el Don del Conocimiento, del cual habla así la Sagrada Escritura: Ella condujo los justos por los caminos correctos, y le dio el Conocimiento de las cosas santas o, como algunos lo dicen, la Ciencia de los Santos. Tenemos pruebas diarias de esta verdad: un cristiano, por medio de una luz sobrenatural, se encuentra para escapar de todo peligro; no tiene experiencia propia,

Te doy gracias, oh Santo Paráclito! por este Tu regalo de luz, que tan amorosamente mantienes dentro de nosotros! Oh! Nunca nos permita buscar otro. Solo es suficiente; Sin ella, no hay más que oscuridad. Protégenos de

esas tristes inconsistencias, de las que tantos son culpables, que siguen tu guía de hoy y las máximas del mundo de mañana; Desgraciado trato doble, que te desagrada y no complace al mundo. Haznos amar ese Conocimiento, que nos diste para nuestra salvación. El enemigo de nuestras almas está celoso de que tengamos ese Regalo, y está siempre estudiando para hacernos intercambiarlo por sus principios mentirosos. ¡Oh espíritu divino! No sufras su traición para triunfar. Sé tú siempre dentro de nosotros, ayudándonos a distinguir la verdad de la falsedad, y lo correcto de lo incorrecto. Que nuestro Ojo sea único y simple, como lo pide nuestro Jesús; para que nuestro Cuerpo, es decir, el Cuerpo de nuestras acciones, deseos y pensamientos, pueda ser luminoso; y preservarnos de ese ojo maligno, que hace que todo el Cuerpo sea Oscuridad (San Mat. vi. 22, 23, 24).

El don de la fortaleza

El don del Conocimiento nos ha enseñado lo que debemos hacer y lo que debemos evitar, para que podamos ser como Jesús, nuestro divino Maestro, desea que seamos. Ahora necesitamos otro don del Espíritu Santo, del cual extraer la energía necesaria para nuestra perseverancia en la forma en que nos lo ha señalado. Dificultades que estamos seguros de tener; y nuestra necesidad de apoyo queda suficientemente demostrada por los miserables fracasos que presenciamos diariamente. Este apoyo que el Espíritu Santo nos otorga con el don de la Fortaleza, que si lo usamos de manera fiel, nos permitirá dominar todas las dificultades, sí, nos facilitará superar los obstáculos que impiden nuestra marcha hacia adelante.

Cuando le llegan dificultades y pruebas de vida, el hombre es tentado, a veces a la cobardía y al desánimo, a veces a una impetuosidad, que se origina en su temperamento natural o en el orgullo. Estas son ayudas pobres para el alma en su combate espiritual. El Espíritu Santo, por lo tanto, le trae un nuevo elemento de fuerza; es la Fortaleza sobrenatural, que es tan peculiarmente Su don, que cuando nuestro Salvador instituyó los siete Sacramentos, haría que uno de ellos fuera para el objeto especial de darnos el Espíritu Santo como un principio de energía. Es evidente que al luchar, durante toda nuestra vida, contra el diablo, el mundo y nosotros mismos, necesitamos un poder de resistencia mejor que la pusilanimidad o la audacia. Necesitamos algún regalo que controle nuestro miedo y la confianza que a veces estamos dispuestos a tener en nosotros mismos. Así dotado por el Espíritu Santo, el hombre está seguro de la victoria; porque la gracia suplirá las deficiencias y corregirá las impetuosidades de la naturaleza.

aquí hay dos necesidades, que son cada vez que se delinean en la vida cristiana; El poder de la resistencia, y el poder de la resistencia. ¿Qué podríamos hacer contra las tentaciones de Satanás, si la Fortaleza del Espíritu Santo no nos vistiera con una armadura celestial y nos atormentara en la batalla? ¿Y no es el mundo, también, un enemigo terrible? ¿No tenemos motivos para temerlo, cuando vemos cómo sucede todos los días víctimas de la tiranía de sus afirmaciones y sus máximas? ¿Cuál, entonces, debe ser la ayuda del Espíritu Santo, que es hacernos invulnerables a los ejes mortales que están causando destrucción a nuestro alrededor?

Las pasiones del corazón humano son otro obstáculo para nuestra salvación y santificación; Son más temibles, porque están dentro de nosotros. Es un requisito que el Espíritu Santo cambie nuestro corazón y lo guíe a negarse a sí mismo tan a menudo como la luz de la gracia nos señala un camino distinto al que el amor propio nos haría seguir. Qué Fortaleza sobrenatural necesitamos para odiar nuestra vida (San Juan, xii. 25), tan a menudo, como nuestro Señor nos pide que hagamos un sacrificio, o cuando tenemos que elegir a cuál de los dos Maestros serviremos (San Matth. Vi. 24). El Espíritu Santo trabaja diariamente esta maravilla por medio del Don de Fortaleza: de modo que, no tenemos más que corresponder al Don, y no sofocarlo ni por cobardía ni por indiscreción, y somos lo suficientemente fuertes como para resistir incluso a nuestros enemigos domésticos. Este bendito Don de Fortaleza nos enseña a gobernar nuestras pasiones y tratarlas como guías ciegos; También nos enseña a nunca seguir sus instintos, excepto cuando

están en armonía con la ley de Dios.

aquí están los tiempos, cuando el Espíritu Santo requiere de un Cristiano algo más allá de la resistencia interior a los enemigos de su alma: tiene que hacer una protesta hacia el exterior contra el error y el mal, tan a menudo, como la posición o el deber lo exige. En tales ocasiones, uno debe soportar ser impopular y consolarse con las palabras del Apóstol: Si todavía complaciera a los hombres, no debería ser el siervo de Cristo (Gálatas i. 10). Pero el Espíritu Santo estará de su lado; y encontrándolo resuelto al usar Su Don de Fortaleza, no solo le dará un triunfo final, sino que, por lo general, bendice a esa alma con una paz dulce y valiente, que es el resultado y la recompensa de un deber cumplido.

Hus, el Espíritu Santo, aplica el don de Fortaleza cuando se trata de la resistencia de un cristiano. Pero, como ya hemos dicho, imparte también la energía necesaria para enfrentar las pruebas, que todos deben pasar para salvar sus almas. Hay ciertos miedos que amortiguan nuestro coraje y nos exponen a la derrota. El don de la Fortaleza los disipa, y nos apoya con una confianza tan pacífica, que nosotros mismos estamos sorprendidos por el cambio. Mira a los mártires; no solo en San Mauricio, el líder de la Legión tebana, que estaba acostumbrado a enfrentar el peligro en el campo de batalla, sino en Felicitas, madre de siete hijos, en Perpetua, una dama de altura con todo este mundo podría darle a ella, en Agnes, a una niña de trece años, ya miles de otras como ellas; y decir, ¿Si el don de la Fortaleza no es un impulsor del heroísmo? ¿Dónde está el miedo a la muerte, la muerte, el pensamiento mismo que a veces es más de lo que podemos soportar? ¿Y qué podemos decir de todas esas vidas pasadas en la abnegación y la privación, con el fin de hacer de Jesús su único tesoro y estar más estrechamente unidos a él? ¿Qué podemos decir de esos cientos y miles de nuestros semejantes, que rechazan la visión de un mundo distraído y vano, y hacen que el sacrificio sea su gobierno? ¿Qué paz es la prueba contra toda prueba y cuya aceptación de la cruz es tan incansable como lo es la cruz en su visita? ¡Qué trofeos son estos del Espíritu de Fortaleza! ¡Y qué magnífica es la dedicación que crea para cada posible deber! Oh! En verdad, el hombre, de sí mismo, tiene poco valor; pero, ¡cuán grande cuando está bajo la influencia del Espíritu Santo! ¿El mismo pensamiento de que a veces es más de lo que podemos soportar? ¿Y qué podemos decir de todas esas vidas pasadas en la abnegación y la privación, con el fin de hacer de Jesús su único tesoro y estar más estrechamente unidos a él? ¿Qué podemos decir de esos cientos y miles de nuestros semejantes, que rechazan la visión de un mundo distraído y vano, y hacen que el sacrificio sea su gobierno? ¿Qué paz es la prueba contra toda prueba y cuya aceptación de la cruz es tan incansable como lo es la cruz en su visita? ¡Qué trofeos son estos del Espíritu de Fortaleza! ¡Y qué magnífica es la dedicación que crea para cada posible deber! Oh! En verdad, el hombre, de sí mismo, tiene poco valor; pero, ¡cuán grande cuando está bajo la influencia del Espíritu Santo! ¿El mismo pensamiento de que a veces es más de lo que podemos soportar? ¿Y qué podemos decir de todas esas vidas pasadas en la abnegación y la privación, con el fin de hacer de Jesús su único tesoro y estar más estrechamente unidos a él? ¿Qué podemos decir de esos cientos y miles de nuestros semejantes, que rechazan la visión de un mundo distraído y vano, y hacen que el sacrificio sea su gobierno? ¿Qué paz es la prueba contra toda prueba y cuya aceptación de la cruz es tan incansable como lo es la cruz en su visita? ¡Qué trofeos son estos del Espíritu de Fortaleza! ¡Y qué magnífica es la dedicación que crea para cada posible deber! Oh! En verdad, el hombre, de sí mismo, tiene poco valor; pero, ¡cuán grande cuando está bajo la influencia del Espíritu Santo! ¿Con miras a hacer de Jesús su único tesoro y estar más estrechamente unidos con él? ¿Qué podemos decir de esos cientos y miles de nuestros semejantes, que rechazan la visión de un mundo distraído y vano, y hacen que el sacrificio sea su gobierno? ¿Qué paz es la prueba contra toda prueba y cuya aceptación de la cruz es tan incansable como lo es la cruz en su visita? ¡Qué trofeos son estos del Espíritu de Fortaleza! ¡Y qué magnífica es la dedicación que crea para cada posible deber! Oh! En verdad, el hombre, de sí mismo, tiene poco valor; pero, ¡cuán grande cuando está bajo la influencia del Espíritu Santo! ¿Y cuya aceptación de la cruz es tan incansable como la cruz misma está en su

visita? ¡Qué trofeos son estos del Espíritu de Fortaleza! ¡Y qué magnífica es la dedicación que crea para cada posible deber! Oh! En verdad, el hombre, de sí mismo, tiene poco valor; pero, ¡cuán grande cuando está bajo la influencia del Espíritu Santo! ¿Y cuya aceptación de la cruz es tan incansable como la cruz misma está en su visita? ¡Qué trofeos son estos del Espíritu de Fortaleza! ¡Y qué magnífica es la dedicación que crea para cada posible deber! Oh! En verdad, el hombre, de sí mismo, tiene poco valor; pero, ¡cuán grande cuando está bajo la influencia del Espíritu Santo!

Es el mismo Espíritu Divino que también le da al cristiano el coraje de resistir la vil tentación del respeto humano, al elevarlo por encima de las consideraciones mundanas que lo harían desleal al deber. Es Él quien hace que el hombre prefiera, a todo honor que este mundo pueda otorgar, la felicidad de nunca violar la ley de su Dios. Es el Espíritu de Fortaleza el que lo hace ver los reverses de la fortuna como tantos diseños misericordiosos de la Providencia; eso lo consuela, cuando la muerte lo aflige a los que le son queridos; eso lo anima bajo los sufrimientos corporales, que serían tan difíciles de soportar pero que los tomara como visitas de su Padre celestial. En una palabra, es Él, como aprendemos de las Vidas de los santos, lo que convierte las repugnancias de la naturaleza en materia por actos heroicos,

Oh divino espíritu de fortaleza! tomar posesión plena de nuestras almas y alejarnos de las afeminaciones de la época en que vivimos. Nunca hubo tanta falta de energía como ahora, nunca fue más abundante el espíritu mundano, nunca fue la sensualidad más desenfadada, nunca fue más el orgullo y la independencia La moda del mundo. Tan olvidadas y desatendidas son las máximas del Evangelio, que cuando somos testigos de la Fortaleza del autocontrol y la abnegación, nos sorprendemos tanto como si viéramos un prodigio. ¡Oh Santo Paráclito! ¡Protégenos de este espíritu anticristiano, que se embebe tan fácilmente! Permítenos presentarte, en forma de oración, el consejo que da San Pablo a los cristianos de Éfeso: "Danos, te rogamos," la armadura de Dios, para que podamos resistir en el mal día. y para estar en todas las cosas perfectas, ciñe nuestras riendas con la verdad; armadnos con la coraza de la justicia; Que nuestros pies sean calzados con el amor y la práctica del Evangelio de la paz. Danos el escudo de la fe, con el cual podamos extinguir todos los dardos de fuego del maligno; Cúbrenos con el casco de la esperanza de salvación; ponga en nuestras manos la espada espiritual, que es la Palabra de Dios, (Ef. vi. 11-17) y con la cual nosotros, como lo hicimos con nuestro Jesús en el desierto, podemos derrotar a todos nuestros enemigos. ¡Oh Espíritu de Fortaleza! , te rogamos, y concede nuestra oración!

El don del abogado

Hemos visto cuán necesario para la santificación de un cristiano es el don de la Fortaleza; Pero no es suficiente; Hay necesidad de otro regalo, que lo complete. Este otro regalo es el abogado. La fortaleza necesita dirección. El don del Conocimiento no es la guía de la Fortaleza, y por esta razón, el Conocimiento enseña al alma su último fin y le da reglas generales para su conducta; pero no trae su luz suficiente para la aplicación especial de la ley de Dios a casos particulares, y para la práctica de nuestro deber. En esas diversas circunstancias en las que debemos ubicarnos, y en las decisiones que debemos tomar, tendremos que escuchar la voz del Espíritu Santo, y esta voz nos habla a través del don del Consejo. Nos dirá, si estamos atentos a su discurso, qué debemos hacer y qué no debemos hacer, lo que debemos decir y lo que no debemos decir, lo que podemos mantener y lo que debemos renunciar. El Espíritu Santo actúa sobre nuestra comprensión por el don del Consejo, como actúa sobre nuestra voluntad por el don de la Fortaleza.

Su precioso don se refiere a toda nuestra vida; porque estamos continuamente obligados a decidirnos por una de las dos partes o preguntas. ¡Qué agradecidos, entonces, no deberíamos estar ante el Espíritu Santo, que siempre está listo para ser nuestro Consejero, si lo permitimos! Y si seguimos su dirección, ¡qué trampas nos enseñará a evitar! ¡Cuántas ilusiones disipará! ¡Cuán grandes son las verdades que Él nos mostrará! Pero, para que Sus inspiraciones no se

pierdan en nosotros, debemos estar en guardia contra tales desgracias de nuestra naturaleza como las siguientes: impulso natural, que es, con demasiada frecuencia, el único motivo de nuestros actos; sarpullido, que nos hace seguir cualquier sentimiento que se encuentre en nuestra mente; la precipitación, que nos impulsa a juzgar o actuar, antes de que hayamos visto ambos lados del caso; y por último, la indiferencia, que nos hace decidir al azar,

segundo Y el don del abogado, el Espíritu Santo nos salva de todos estos males. Corrige la impetuosidad, o, puede ser, la apatía de nuestro temperamento. Mantiene el alma viva según lo que es verdadero, bueno y propicio para sus intereses reales. Él introduce en el alma esa virtud que se completa y se sazona una a la otra, nos referimos a la discreción, por la cual las otras virtudes se armonizan y se mantienen alejadas de los extremos. Bajo la dirección del don del abogado, el cristiano no tiene nada que temer; El Espíritu Santo toma toda la responsabilidad. Por lo tanto, ¿qué importa si el mundo encuentra fallas, critica, expresa sorpresa o se escandaliza? El mundo se piensa sabio; pero no tiene el don del abogado. Por lo tanto, a menudo sucede que lo que se lleva a cabo por medio de su consejo da como resultado lo contrario a lo que se pretendía. ¿No fue el mundo de quien habló Dios?

nosotros y, a continuación, con todo el ardor de nuestro corazón, deseo este don divino, que nos preserve del peligro de ser nuestros propios guías; pero recordemos, solo morará en nosotros con la condición de que permitamos que sea un maestro. Si el Espíritu Santo ve que no somos guiados por principios mundanos, y que reconocemos nuestra propia debilidad, Él será nuestro Consejo; Si Él encuentra que somos sabios ante nuestros propios ojos, retirará su luz y nos dejará a nosotros mismos.

¡Espíritu Santo! No quisiéramos que nos abandonaras. La triste experiencia nos ha enseñado cuán plagado de peligros es toda la prudencia humana. Con mucho entusiasmo te prometemos que desconfiarás de nuestras propias ideas, que son tan propensas a cegarnos y engañarnos. Mantén dentro de nosotros el magnífico regalo que nos diste en el bautismo: ¡Sé Tú nuestro Consejo, sí, sin reservas y para siempre! Muéstrame, oh Señor, tus caminos, y enséñame tus caminos. Dirígeme en tu verdad, y enséñame; porque Tú eres el Dios que puedes salvarme; por tanto, he esperado en ti todo el día (Sal. xxiv. 4, 5). Sabemos que debemos ser juzgados por todas nuestras obras e intenciones; pero también sabemos que no tenemos nada que temer mientras seamos fieles a Tu guía. Por lo tanto, escucharemos atentamente lo que el Señor Dios hablará en nosotros (Ibid. Lxxxiv. 9); Te escucharemos, Espíritu Santo del Consejo, Si nos habla directamente a Usted mismo, o si nos envía a aquellos a quienes designará como nuestros guías. ¡Bendito, entonces, sea Jesús, que nos ha enviado un Consejero así! y bendito seas, oh Espíritu Santo! ¡Quién se digna a darnos tu ayuda, a pesar de toda nuestra resistencia pasada!

El regalo de la comprensión

su sexto Don del Espíritu Santo eleva el alma a un estado aún más elevado. Los primeros cinco regalos todos tienden a la acción. El temor de Dios mantiene al hombre en su lugar correcto, porque lo humilla; La piedad abre su corazón a los santos afectos; El conocimiento le permite discernir el camino de la salvación del de la perdición; La fortaleza lo arma para la batalla; El abogado lo dirige en sus pensamientos y obras: así dotado, puede actuar y proseguir su viaje con la esperanza segura de llegar a su hogar celestial. Pero el Espíritu Santo tiene otros favores guardados para él. Le daría un anticipo, aquí abajo, de la felicidad que le espera en la próxima vida: le dará confianza, lo alentará, recompensará sus esfuerzos. Contemplación, sí, esta es la región feliz que se le abre, y el Espíritu Santo lo lleva hasta allí por el don del Entendimiento.

aquí habrá un sentimiento de sorpresa y vacilación que surgirá en la mente de muchos al escuchar esta palabra, Contemplación. Se les ha enseñado a considerar la contemplación como un elemento de la vida espiritual que rara vez

se espera, y casi imposible para las personas que se encuentran en la vida cotidiana. Debemos comenzar, entonces, diciéndoles que tal idea es un error grande y peligroso, y uno que verifica el progreso del alma. No: la contemplación es un estado al que, más o menos, se llama el alma de todo cristiano. No consiste en aquellos efectos extraordinarios que el Espíritu Santo produce ocasionalmente en algunas almas privilegiadas, y mediante los cuales Él convencería al mundo de la realidad de la vida sobrenatural. Es simplemente una relación de intimidad cercana que existe entre Dios y un alma que le es fiel en Acción. Por tal alma,

Su luz no quita la oscuridad sagrada de la fe; pero ilumina el ojo del alma, fortalece su percepción y amplía su visión de las cosas divinas. Disipa las nubes, que fueron ocasionadas por la anterior debilidad e ignorancia del alma. La exquisita belleza de los misterios se le revela ahora, y las verdades que hasta ahora parecían desconectadas, ahora la deleitan con la dulzura de su armonía. No es la visión cara a cara lo que da el cielo, sino que es algo incomparablemente más brillante que el débil brillo de los días anteriores, cuando todo era niebla y duda. El ojo de su espíritu descubre analogías y razones, que hacen algo más que complacer, traen convicción. El corazón se abre bajo la influencia de estos rayos brillantes, porque alimentan la fe, aprecian la esperanza y dan ardor al amor. Todo le parece nuevo.

El leer o escuchar el Evangelio produce una impresión mucho más profunda que antes: encuentra un gusto en las palabras de Jesús, que en el pasado nunca experimentó. Ella puede entender mucho mejor el objeto de la institución de los Sacramentos. La santa liturgia, con sus magníficas ceremonias y fórmulas sublimes, es para ella una anticipación del cielo. Le encanta leer las Vidas de los santos; puede hacerlo, y nunca siente la tentación de hacer una carpa ante sus sentimientos o conductas: prefiere sus Escrituras a todas las demás, y encuentra en estas comunicaciones con los amigos de Dios un aumento especial de su bien espiritual. No importa cuáles sean los deberes de su posición en la vida, ella tiene, en este glorioso Regalo, una luz que la guía en cada uno de ellos. Las virtudes que se requieren de ella, por muy variadas que sean, están tan reguladas, que uno nunca se hace en detrimento de otro; Ella conoce la armonía que existe entre todos ellos, y nunca la rompe. Está tan lejos de la escrupulosidad como de la tepidez, y cuando comete una falta, no pierde tiempo en repararla. A veces, el Espíritu Santo la favorece con un habla interior, lo que le da luz adicional para una emergencia especial.

El mundo y sus máximas son meras vanidades en su estimación; y cuando la necesidad la obliga a conformarse con lo que no es pecaminoso, lo hace sin poner su corazón en ello. La mera grandeza o belleza natural parece indigna de notársele a ella, cuyo ojo ha sido abierto, por el Espíritu Santo, a lo divino y eterno. Para ella, este mundo exterior, que el hombre de mente carnal ama a su propia destrucción, tiene un solo lado justo: es que la creación visible, con la impresión de la belleza de Dios sobre ella, puede convertirse en la gloria de su Creador. Ella le da las gracias cuando lo usa; ella lo eleva a la orden sobrenatural, alabando, como lo hizo el Profeta Real, Aquel que ensombreció la semejanza de Su propia belleza en este mundo de cosas creadas, que los hombres a menudo abusan de su perdición, pero que fueron concebidos como tantos pasos Para guiarnos a nuestro Dios.

El don de comprensión le enseña al cristiano una apreciación justa del estado de vida en que Dios lo ha colocado. Le muestra la sabiduría y la misericordia de aquellos diseños de la Providencia que, a veces, desconcertaron sus propios planes y lo llevaron en una dirección muy opuesta a sus deseos. Ve que si le hubieran dejado para arreglar las cosas según sus propias opiniones, se habría extraviado. mientras que ahora, Dios lo ha puesto en el lugar correcto, aunque las obras de su sabiduría paterna estaban, al principio, ocultas para él. Sí, él es tan feliz ahora! ¡Él disfruta de tanta paz de alma! ¡Él no sabe cuánto agradecer a su Dios por haberlo llevado, donde está, sin consultar a sus pobres fantasías! Si a un cristiano como este se le pide que brinde un consejo, si el deber o la caridad requieren que él guíe a otros, se puede confiar en él; el don del Entendimiento le enseña a ver lo correcto tanto para los demás como para sí mismo. No es que alguna vez entrometa su consejo sobre otros, o se convierta en consejero general de todo lo que lo rodea; pero si se le pide su consejo, él lo da, y el consejo parece un reflejo de la luz interior que arde dentro de él.

es el don de entendimiento. Es la verdadera luz del alma, y es más débil o más fuerte según la medida de su

correspondencia con los otros Dones. Sus salvaguardas son la humildad, la moderación sobre los deseos del corazón y el recuerdo interior. La disipación de la mente atenuaría su brillo, o incluso apagaría por completo la luz. Pero donde el deber impone la ocupación, no solo ocupada y frecuente, sino que incluso distrae, deje que el cristiano los descargue con una intención pura, y su alma no perderá su recuerdo. Que sea de un solo corazón, que sea pequeño a sus propios ojos, y lo que Dios oculta de los orgullosos y revela a los humildes (San Lucas, x. 21), se le manifestará y permanecerá con él.

De todo esto se desprende que el don del Entendimiento es de inmensa importancia para la salvación y la santificación del alma. Nos corresponde, por lo tanto, rogar al Espíritu Santo con toda la seriedad de la súplica; porque no debemos olvidar, que se obtiene más bien por los anhelos de nuestro amor, que por cualquier esfuerzo del intelecto. Es cierto que es el intelecto el que recibe la luz; pero es el corazón, la voluntad, inflamada de amor, la que gana el regalo radiante. De ahí el dicho de Isaías: ¡A menos que creas, no lo entenderás (Is. VII. 9; así citado de la Septuaginta por varios de los Padres griegos y latinos)! Entonces, dirijámonos al Espíritu Santo en estas palabras del salmista: ¡Abre nuestros ojos y consideraremos las cosas maravillosas de tu ley! Danos entendimiento y viviremos (Ps.cxvii. 10 y 144)! Le rogamos en estas palabras del apóstol, en las que está orando por sus efesios: hagamos suya nuestra oración: "Danos el espíritu de sabiduría y revelación, para que podamos tener el conocimiento de nuestro Dios. Ilumina los ojos de nuestro corazón, para que podamos saber cuál es la esperanza de nuestro llamado, y lo que las riquezas de la herencia gloriosa prepararon para los santos (Ef. i. 17, 18).

El don de la sabiduría

El segundo favor destinado por el Espíritu Santo para el alma que es fiel a Él en acción, es el don de la Sabiduría, que es superior al del Entendimiento. Sin embargo, los dos están conectados entre sí, en la medida en que el don de la Sabiduría sostiene y saborea el objeto mostrado por el don del Entendimiento. Cuando el salmista nos invita a acercarnos a Dios, nos ordena que disfrutemos de nuestro bien soberano: ¡Pruebe, dice él y vea que el Señor es dulce (Sal. Xxxiii. 9)! La Santa Iglesia ora por nosotros, en el día de Pentecostés, para que podamos "saborear lo que es correcto y justo", - *recta sapere*, - porque la unión del alma con Dios es más bien una experiencia o degustación, que una vista, pues tal visión sería incompatible con nuestro estado actual. La luz dada por el don del Entendimiento no es intuitiva; alegra el alma,

La comprensión, por lo tanto, es luz; La sabiduría es unión. Ahora, la unión con el bien soberano se logra mediante la voluntad, es decir, mediante el amor, que está en la voluntad. Así, en la jerarquía angélica, los querubines, con su intelecto sublime, están debajo de los serafines, que están inflamados de amor. Es cierto que los querubines tienen un amor ardiente, y los serafines una profunda inteligencia; pero difieren entre sí por su calidad predominante; y ese coro es el más alto de los dos que se aproxima más a la Divinidad por su amor y gusto por el bien soberano.

El séptimo don es llamado por el hermoso nombre de la Sabiduría, que se toma de la unión del alma, por amor, a la Sabiduría Eterna. Esta Sabiduría Eterna, que misericordiosamente se pone a nuestro alcance incluso en este valle de lágrimas, es el Verbo Divino, a quien el Apóstol llama el resplandor de la gloria del Padre y la figura de su sustancia (Heb. 1: 3). Es Él quien nos envió al Espíritu Santo para que nos santifique y nos guíe a Él mismo; de modo que lo más sublime de las obras de este Espíritu Santo es que Él procure nuestra unión con Él, quien, siendo Dios, se convirtió en Carne, y por nuestro propio bien, se hizo obediente hasta la muerte, incluso hasta la muerte de la Cruz (Filip. ii. 8). Por los misterios forjados en su humanidad, Jesús nos permitió entrar dentro del velo de su divinidad; por la fe, iluminada por el entendimiento sobrenatural, vemos la gloria del Unigénito del Padre (San Juan, i. 14); y así como Él se hizo parte de nuestra humilde naturaleza humana, también se dio a Sí mismo, la Sabiduría increada, para ser amado y disfrutado

por esa Sabiduría creada, que el Espíritu Santo forma dentro de nosotros, y es el más noble de Sus Dones. ¡Felices, entonces, los que poseen esta preciosa sabiduría, que hace que el alma disfrute de Dios y de las cosas que son de Dios!

El hombre sensual, dice el apóstol, no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios (I Cor. II. 14); y para que pueda disfrutar de este Regalo, debe volverse espiritual y dócil a las enseñanzas del Espíritu Santo; y luego le sucedería lo que le había sucedido a miles de personas, a saber, que después de ser esclavo de una vida carnal, recuperaría su libertad y dignidad cristianas. El hombre que es menos depravado que el anterior, pero todavía imbuido del espíritu de este mundo, también es incapaz de recibir o incluso comprender los dones de la comprensión y la sabiduría. Él siempre está ridiculizando a aquellos a quienes no puede evitar saber que poseen estos dones; nunca los deja en paz, sino que siempre los reprende por su conducta, se opone a ellos y, a veces, busca saciar sus celos por la amarga persecución. Jesús nos asegura que el mundo no puede recibir el Espíritu de verdad, porque no lo ve ni lo conoce (San Juan, xiv. 17). Por lo tanto, quienes poseerían el bien supremo, primero deben divorciarse del espíritu del mundo, que es el enemigo personal del Espíritu de Dios. Si rompen la cadena que ahora los altera, pueden esperar ser dotados de Sabiduría.

El resultado especial de este Regalo es un gran vigor en el alma y energía en todos sus poderes. Toda su vida está, por así decirlo, sazónada con ella; el efecto puede ser comparado con el producido en el cuerpo por una dieta saludable. No hay desacuerdo entre tal alma y su Dios; y por lo tanto, su unión con Él es casi inevitable. Donde está el Espíritu del Señor, dice el apóstol, hay libertad (II. Cor. III. 17). Todo es fácil para el alma que está bajo la influencia del Espíritu de Sabiduría. Las cosas que son difíciles para la naturaleza, son dulces para tal alma; y el sufrimiento no la horroriza, como sucedió una vez. Decir que Dios está cerca de ella es decir muy poco; ella está unida con él. Y, sin embargo, debe mantenerse en una actitud de profunda humildad, ya que el orgullo puede alcanzarla incluso en ese estado exaltado, y ¡oh! ¡Qué terrible sería su caída!

Y nosotros, con toda la seriedad de nuestros corazones, suplicamos al Espíritu Santo que nos brinde esta Sabiduría, que nos llevará a nuestro Jesús, la Sabiduría Infinita. Alguien que era sabio bajo la Ley Antigua aspiraba a este Regalo, cuando escribió estas palabras, de las cuales solo los cristianos podemos apreciar el significado completo: lo deseaba y se me dio un Entendimiento; y llamé a Dios y el Espíritu de Sabiduría vino sobre mí (Sab. vii. 7). De modo que debemos pedir este regalo, y con gran fervor. En el Nuevo Pacto, tenemos al apóstol Santiago, que nos insta a orar por ello: si alguno de ustedes quiere Sabiduría, pídale a Dios, que da abundantemente a todos los hombres, y que no temen; y le será dado; pero que pregunte con fe, nada flaquea (Ro. vii. 17). ¡Oh Espíritu Santo! Nos presumimos de seguir este mandato del Apóstol y le decimos: ¡Oh tú que procedes del poder y la sabiduría! ¡Danos la sabiduría! El que es sabiduría te ha enviado a nosotros para que nos puedas unir a él. Llévanos de nosotros mismos y únenos a Aquel que se unió a nuestra naturaleza débil. ¡Oh fuente sagrada de la Unidad! Sé tú el vínculo que nos une para siempre con Jesús; ¡Entonces el Padre nos adoptará como sus herederos, y se unirá a los herederos con Cristo (Ro. vii. 17)!